

Verdades relativas

JULIO ALMEIDA *

Son afirmaciones que se formulan, que se aceptan sin discusión y circulan como moneda corriente; se trata de verdades relativas que se repiten y actúan como una anestesia infiltrativa. Parecen verdad y lo son hasta cierto punto, pero no resisten cuando se las generaliza; no son verdad cuando se las quiere hacer pasar del sentido estricto al lato y común; del sentido literal, pudiéramos decir, al sentido católico, universal. Veamos.

Está lloviendo en Andalucía

Tras una de nuestras periódicas sequías, así empezaba un telediario del Canal Sur el 9 de noviembre de 2003 a las 20:30. Pero no caía una gota en nuestra ciudad. Estaba lloviendo en Huelva, por lo visto.

A los españoles les gustan los toros

¿A cuántos? El censo de la ciudad en que vivo alcanza los 319.692 habitantes; el censo electoral, más de 250.000. La plaza de toros de Los Califas tiene un aforo de 14.736 personas y se llena pocas veces. Que luego se televisen

varias corridas simultáneas, parece un abuso de confianza; en una televisión por la que en España y Portugal —a diferencia de lo que se hace fuera de la península Ibérica, y desde el tiempo de nuestras dictaduras— no hay que pagar un canon. (Al igual de la organización de la televisión pública, tan regularmente gestionada por fuerza, los centros públicos españoles y portugueses de primaria y secundaria carecen de dirección profesional estable. ¿Será coincidencia o algo más?)

Los moros estuvieron ocho siglos en España

Se viene diciendo en los manuales de Historia y se repite desde el 11 de setiembre de 2001. Ahora bien, como precisaba don Emilio García Gómez, esa afirmación solamente vale para Granada. En Córdoba, pongamos por caso (reconquistada por Fernando III el Santo en 1236), sólo estuvieron 525 años; en Toledo (Alfonso VI, 1085) 374 años; en la vieja Castilla, ¿cuántas generaciones? En Asturias (Covadonga, 722) fueron rechazados.

En Alemania los escolares tienen

* Catedrático de Sociología de Escuela universitaria en la UCO

vacaciones de verano de junio a septiembre, ambos inclusive

Era un titular de una revista de educación. Concretamente, del 16 de junio al 5 de septiembre. También en Suiza hay vacaciones veraniegas del 17 de junio al 31 de agosto (datos de 1988, que encuentro revolviendo papeles). A decir verdad, esas fechas indican el comienzo y el final de las vacaciones en la totalidad de los *Länder* o de los cantones. Porque tales vacaciones —de primero de primaria al final del bachillerato, juntos— duran seis semanas en cada uno de los Estados alemanes, o seis y media; cinco semanas en Suiza; siete en Dinamarca... La verdad es pues distinta, pero esa equivocidad abracadabrante escamotea la realidad de que ellos cuentan las *Sommerferien* por semanas, nosotros por meses.

La luna de Atenas es mejor que la luna de Corinto

Esta lucubración, que leemos en Plutarco, sorprende de veras en los inteligentes atenienses. Es una *simpleza*, como dice el griego de Queronea, gran viajero y enamorado de Roma, “aunque en cierto modo nos sucede lo mismo, cuando al estar en país extranjero estamos inseguros sobre la tierra, el mar, el aire, el cielo, como si fueran otros y distintos de los acostumbrados” (*Moralia*, VIII, pág. 280). Es la simpleza en que incurre todo el que no ha viajado, quien no ha salido de su pueblo; es la gente sin educación de la caverna, dice Platón al iniciar el libro VII de la *República*. Es el simplismo inaceptable y peligroso de los nacionalismos todos, que niegan la verdad y la belleza de las otras naciones. O como dice Juan Pablo II en su último libro, “el nacionalismo se caracteriza porque reconoce y pretende únicamente el bien de su propia nación, sin contar con los derechos de los demás” (*Memoria e identidad*, pág. 87). El Papa sabe de lo que habla.

Andalucía es de cine

¿Qué duda cabe? Eso vieron los Cien Mil Hijos de San Luis mucho antes del cinematógrafo, cuando quisieron presentar armas a Andalucía en el paso de Despeñaperros; y eso ven nuestros ojos si sabemos mirar (yo, a los trece años, aunque el mar, con el cine, ya estaba entrevistado). ¡Qué bonitos nombres: El Puerto de Santa María, Sanlúcar de Barrameda, Jerez de la Frontera...! Pero ningún andaluz debería insinuar nunca que Extremadura o Castilla-La Mancha, que Portugal o Cataluña, que Italia o Estados Unidos carezcan de bellezas comparables. Los soldados de Décimo Junio Bruto, el año 137 a. C., se asombraron al ver el sol que desaparecía en el mar contemplado desde el que llamaron *Finis terrae*; y así en medio mundo, por no decir en el mundo entero. No pocos andaluces — como aquellos atenienses y alguna gente más— se sienten favorecidos por la fortuna. “Como el hebreo, se juzga aparte entre los pueblos...” Véase *Teoría de Andalucía*, breve ensayo de Ortega, que quienes no han leído llaman libro, aunque son diez páginas, 110-120, en el tomo VI de sus *Obras completas*, 6ª edición, 1964.

La ratio media es de 14 alumnos por profesor

Es un titular periodístico del diario Córdoba para referirse a la Universidad de esta ciudad (6.2.2005). Después se informa que hay 15.489 alumnos y 1.225 profesores, y la cosa no cuadra, pero eso es lo de menos. En tiempos de la dictadura, cuando aún carecían de asiento escolar cientos de miles de españolitos, se levantaban colegios para 640 niños y 16 unidades; o de 320 para 8 y así. 40 era la ratio simplicísima, la proporción o desproporción que nos gastábamos por entonces para escolarizar con urgencia, años sesenta del siglo pasado, y a mí me tocaron 50 varoncitos de primero el curso 1969/70. Esa fue la cifra máxima que consideró

san José de Calasanz en Roma hacia 1600: 50 discípulos para cada maestro. ¡Pero qué ramplonería de cuentas en nuestro tiempo!, ¡qué ambigüedad y qué tristeza! Puede verse el artículo que escribí en esta revista en 1999 para deshacer esas cuentas ambiguas y falaces: “Masificación universitaria”, CyR, 110.

Aunque esa simplificadora división o “ratio media” sea la misma que en otras universidades, en las españolas los estudiantes se sobrecargan con más horas lectivas que nadie en Europa; y los profesores, por lo mismo, tampoco solemos tener 14 alumnos en nuestras clases, sino muchos más. Que luego se den menos semanas cada año porque haya más exámenes; que ahora falten a clase, siguiendo un uso nuevo contagioso, no resuelve los disparates; al contrario, los agrava. Confiemos en Bolonia y en los 60 créditos razonables que se prescriben por año. Hasta ahora hemos podido llegar a 90 créditos increíbles; antes de 1992, más todavía. De haberlo tenido en cuenta, habrían sido 600 horas de clase al año, veinte por semana, cuatro horas sensatas cada día, que hubieran permitido el estudio sosegado durante otras cuatro...

¿Por qué hemos de soñar lo que ya vige en otras universidades del mundo?

En casa no se trabaja

Circula como verdad inconcusa que nadie trabaja o debe trabajar en su casa, empezando, o prosiguiendo, por los escolares de todos los niveles; y el domingo menos. Ahora bien, para empezar por los propios escolares, desde la enseñanza primaria el niño debe trabajar a solas (diez minutos al día en primero, estiman en Estados Unidos; 20 en segundo...), y las profesiones liberales requieren trabajar en el hogar. Que muchos terminen su jornada laboral al salir de su oficina o de su fábrica, está bien; pero otros, al salir de la Facultad, seguimos en la brecha con naturalidad, y

quien lo ponga en duda se equivoca de medio a medio.

A la gente le gusta la música

Es otra petición de principio, creo, una verdad relativa que se utiliza en casi todas partes, del Bidasoa a Gibraltar, para dar la matraca a quienes —sin negar que a algunos pueda gustarle a ratos, incluso al mayor volumen— consideramos que no es lícito poner el “hilo musical” todo el día y parte de la noche. ¿Será que en España no hay educación musical? Eso piensan los expertos; así Luis de Pablo, quien declaraba hace poco a ABC que escuchar música a todas horas no es posible. ¡Gran verdad para dicha por un compositor! Yo soy un moderado amigo de la misma, pero desde hace años ni siquiera me seducen las nueve sinfonías de Beethoven (interpretadas por la Filarmónica de Berlín, dirigidas por Karajan), porque tengo los oídos ahítos; con Nietzsche pienso que el ruido asesina los pensamientos, y los míos son tan delicados que no resisten los decibelios desaforados de esos sucedáneos que pasan por música. Es la queja reiterada de los turistas que nos visitan.

En *Cosas y gentes* cuenta Madariaga que, en un congreso europeo en La Haya, a un Churchill de setenta y tantos, apenas se sentó en la mesa presidencial, le trajeron un whisky. Sentado a su lado, Madariaga le oyó refunfuñar: “Lléveselo. Bebo *whisky*, pero no veinticuatro horas diarias.” ¿No es elemental? Al otro lado de la geografía y de la historia (de la misma historia y de la misma geografía), los buenos e inteligentes griegos avisaron: *Nada con demasía*.

Los gitanos son chalanes, caldereros, herreros y decidores de la buenaventura

Es definición de Borges que data de 1944, de *Ficciones*, definición que ya no

se adecua a la realidad, si pudo ser verdad durante siglos. Tampoco agradan ya las palabras de Cervantes en *La gitanilla*, una de las *Novelas ejemplares* (1613): “En conclusión, somos gente que vivimos por nuestra industria y pico...”. La integración de los gitanos en la sociedad española, tarea pendiente en parte que se recrudece con la llegada de inmigrantes nuevos (inmigrantes hemos sido casi todos, observa el *Deuteronomio*), depende de ellos mismos y de todos; pero principalmente les toca a ellos definirse por el pico y el chalaneo, por la exclusión social inveterada, o decidirse sin reservas por la vida mediana, por el estilo común y moderado que deseaba el poeta. Bien entendido que tal estilo principia en la escuela. En la Edad Contemporánea, la escolaridad obligatoria ha sido la *conditio sine qua non* que han cumplido en todas partes las minorías étnicas —los inmigrantes, los extragrupos— para integrarse en la sociedad general; pero nuestros gitanos creían que zafándose de la escuela permanecían en libertad, y con la excusa de la “cultura propia”, cultivada aparte, muchos han caído indefectiblemente en su propia trampa.

Cuanto más tarde, más de moda

Es difícil precisar el nacimiento de la monomaniaca creencia española de que las cosas deben hacerse después: cuanto más tarde, más moderno parece uno, y entre dos convocatorias, la segunda vale más que la primera. El día se retrasa con delectación, y el año académico también. (Pero ya dice Daniel Bell, hablando de la sociedad postindustrial, que resulta temerario fechar los procesos sociales.) En una de las siempre legibles páginas de Julio Camba, en un libro cuya primera edición data de 1946, puede documentarse: “No olvidemos que es a las ocho de la noche cuando se empieza a tomar en Madrid el té de las cinco de la tarde. Las familias se retrasan, y, si muchas de ellas meriendan a la hora de cenar, es de presumir que algunas no cenar hasta la hora del desayuno” (*Sobre casi todo*, pág. 141). La presunción ha resultado

profética. Y por lo menos el humorista aún decía a las ocho *de la noche*, pues ahora ya se anuncia una conferencia o una misa a las ocho *de la tarde*, para negar la noche cerrada. Por eso sorprende en las antiguas novelas españolas e hispanoamericanas que se hable de las siete *de la noche*; en los trópicos ha oscurecido a las siete.

En 1946, el sábado 14 de abril, a las once de la noche, la hora se adelantó sesenta minutos; dejamos a los hermanos de Portugal e Inglaterra y nos salimos de nuestro huso horario para irnos al tiempo de Italia y Alemania, al Este inmediato, que no nos corresponde. Pero como nadie ignora, el adelanto no sirvió para adelantar; las escuelas públicas abrían a las diez de la mañana hasta principios de los años setenta. Y como desde 1974 toda Europa adelanta sus relojes una hora en verano, en España nos juntamos con dos horas de adelanto —verano de siete meses—, lo que distorsiona demasiado la vida cotidiana y no sé si produce esquizofrenia. ¿Qué sentido tiene alejarse de Lisboa, de nuestro meridiano de Londres, para llevar la hora extemporánea de Atenas? Es alejarse artificialmente de América también. Sin énfasis podríamos afirmar que nadie sabe la hora que es, y mucha gente simple, preparándose con larga siesta, se envanece yendo con paso tardo: es gente que cena después, que cierra bares que no tienen hora de cierre; se trata en fin de empezar a trabajar a media mañana —bostezando, naturalmente, e ignorando a los niños—. En carteles llamativos, las agencias de viajes no hablan de Toledo, sino de la noche de Toledo.

Para orientarse en el laberinto de la posmodernidad, ese estadio que hemos alcanzado a velocidad de crucero, un español puede leer *El corazón del laberinto*, de Pinillos, que es un libro formidable. Pero muchos compatriotas —afectados de antiguo por el *parecer*, por aparentar alto nivel de vida— se hallan tan desorientados que, lejos de pensar por cuenta propia, se limitan a seguir por

el camino fácil y trillado de la mayoría: y trasnochan a troche y moche, sin importar que al día siguiente haya que conducir un camión o dar una clase lo más despierto posible. Alguien debería avisar, dando la vuelta al refrán: no por mucho trasnochar se parece más moderno.

Me está usted levantando las manos

Me espetó con sorna el policía local de Málaga, su pareja al lado, cuando le protestaba por haberse llevado la grúa el coche de mi amiga. ¡Juegos de palabras andaluces! Me puse como él, los pulgares metidos en el cinturón, y habló. Como apenas dijo dos palabras se puso a manotear, se lo devolví: “Usted mueve los brazos, pero no me está levantando las manos. El presidente del Gobierno, sevillano, hizo unas declaraciones el otro día a la puerta del palacio de la Moncloa con las manos atrás, como su colega británico; pero solo se soltó cuando movió las manos. ¡Los españoles no sabemos hablar sin mover las manos!”. El hombre rió de buena gana. Sin duda era nieto de aquel malagueño que le decía a Ortega: “Don José, pegue o no pegue, en el culo le pinto un loro”, frase que el filósofo consideraba la cerrilidad superlativa.

A modo de conclusión

Adviértase que no se trata tanto de opiniones personales (“allá se lo haya cada uno con su pecado”, leemos en el *Quijote*) cuanto de supuestos tan admitidos como inadmisibles. Se trata casi siempre de más o menos cantidad, que era para los escolásticos el accidente radical, de verdades especiosas o contingentes. El fundador de la sociología, Auguste Comte, dejó escrito a los diecinueve años que “Tout est relatif; voilà le seul principe absolu”, y sin creer que todo sea relativo, yo diría que algunos supuestos vigentes están fuera de lugar. Que los españoles —los hombres de Occidente— seamos iguales ante la ley (art. 14 de la Constitución), es

incuestionable en el orden político, jurídico; pero ¿quién no ve que los hombres no son iguales, como afirma Nietzsche en el *Zarathustra*? “Denn die Menschen sind nicht gleich”.

No confundamos. Conviene tener cuidado con estas verdades relativas, acaso absolutas en su ámbito, en su género; hay que precaverse contra los peligrosos juegos de palabras.